

La reaparición de la luz es idéntica á la perseverancia del yo.

Hagamos constar estos hechos con calma. La muerte es la barricada, ó la tumba en el destierro, son contratiempos aceptables para el sacrificio.

El verdalero nombre del sacrificio es desinterés.

Que los abandonados se dejen abandonar, que los desterrados se dejen desterrar, y limitémonos á suplicar á los grandes pueblos que no retrocedan demasiado lejos, cuando retroceden.

No se debe, so pretexto de volver á la razón, avanzar demasiado en el descenso.

La materia existe, el minuto existe, los intereses existen, el estómago existe; pero es preciso que no sea el estómago el único sabio.

La vida momentánea tiene su derecho; concedido; pero la vida permanente tiene también el suyo. ¡Ay! el haber subido no guarda de caer.

Véase esto en la historia más frecuentemente que se quisiera. Una nación es ilustre; toma el gusto á lo ileal, y luego muere el polvo y le sabe bien.

Si se le pregunta cómo es que abandona á Sócrates por Falstaff, responde: "Porque me gustan los hombres de Estado."

Una palabra antes de volver á la lucha.

Una batalla como la que estamos refiriendo, no es otra cosa que una convulsión hácia lo ideal.

El progreso con trabas es enfermizo, y padece esta especie de epilepsias trágicas.

Hemos debido tropezar con esa enfermedad del progreso, la guerra civil. Es una de las faeces fatales, acto y entreacto á la vez de este drama, cuyo eje es un conlenado social, y cuyo verdadero título es: "El Progreso."

¡El Progreso!

Este grito, que lanzamos con frecuencia, encierra todo nuestro pensamiento; y en el punto del drama á que hemos llegado, teniendo que experimentar alguna prueba más aún la idea que abraza, quizá nos sea permitido, si no descorrer el velo, al menos dejar transparentar claramente la luz.

El libro que el lector tiene á la vista, es de un extremo á otro, en su conjunto como en sus detalles, sean cuales fueren las intermitencias, las excepciones ó las flaquezas, el camino que va del mal al bien, de lo injusto á lo justo, de lo falso á lo verdadero, de la noche al día, del apetito á la conciencia, de la descomposición á la vida, de la brutalidad al deber, del infierno al cielo, de la nada á Dios.

Punto de partida, la materia; punto de llegada el alma.

La hidra al principio, el ángel al final.

XXI

Los héroes.

De súbito el tambor llamó á la carga.

El ataque fué el huracán. A la vispera, en medio de la obscuridad, los sitiadores se habían aproximado á la barricada silenciosamente como serpientes.

A la sazón, en pleno día, en aquella calle abierta, la sorpresa era de todo punto imposible; además, la viva fuerza se había desenmascarado, el cañón había empezado á rugir, y el ejército se precipitó sobre el reducto.

Entonces la furia era habilidad.

Una poderosa columna de infantería de línea, cortada á intervalos regulares por guardia nacional y guardia municipal de á pié, y apoyada en masas profundas, que se las oía sin verlas, desembocó en la calle á paso de carga, tocando tambores y clarines con las bayonetas caladas y los zapadores á la cabeza, é imperturbable ante los proyectiles, cayó sobre la barricada con la fuerza de una viga de bronce sobre un muro.

El muro resistió.

Los insurrectos hicieron fuego impetuosamente, y el reducto escalado ostentó una cabellera de relámpagos.

El asalto fué tan furibundo, que por un momento se vió la barricada llena de sitiadores; pero sacudió los soldados, como sacude el león los perros, y no se cubrió de combatientes sino como de espuma el arrecife, para reaparecer luego escarpada negra y formidable.

La columna, obligada á replegarse, permaneció compacta en la calle, al descubierto, pero terrible, y contestando al reducto con un horroroso tiroteo de la fusilería.

Cualquiera que haya visto fuegos artificiales, recordará el haz de cohetes voladores que se denomina ramillete.

Representéese el lector ese ramillete, no vertical sino horizontal, con una bala, una posta ó un casco de metralla en la punta de cada espiga de fuego, y lanzando la muerte al desgarrar sus espigas de rayos.

La barricada estaba debajo.

Por ambas partes había igual denuedo.

El valor era casi bárbaro, complicándose con una especie de ferocidad heroica, que comenzaba por el sacrificio de sí mismo.

Era la época que en que un guardia nacional se batía como un zuavo.

La tropa quería terminar; la insurrección anhelaba la lucha.

La aceptación de la agonía en plena juventud y en salud plena, trueca la intrepidez en frenesí.

Cada uno tenía allí el engrandecimiento de la hora suprema. La calle se cubrió de cadáveres.

La barricada tenía en uno de los extremos á Enjolrás y en el otro á Mario.

Enjolrás, que traía toda la barricada dentro de la cabeza, se reservaba y se ponía al abrigo de las balas; tres soldados cayeron uno tras otro al pie de su almena sin haberle visto siquiera.

Mario combatía al descubierto. Presentábase blanco de los fusiles enemigos, pues más de la mitad de su cuerpo sobresalía por cima del reducto.

No hay mayor pródigo que el avaro entregándose al despilfarro, ni hay hombre más terrible en la pelea que el pensador.

Mario aparecía formidable y meditabundo. Estaba en la batalla como en un sueño. Hubiera podido decirse que era un fantasma disparando tiros.

Agotábanse los cartuchos, pero no los sarcasmos. Dentro de aquel torbellino del sepulcro en que se encontraban, se reían.

Courfeyrac iba con la cabeza descubierta, sin nada absolutamente que la protegiera.

—¿Qué has hecho del sombrero?—le preguntó Bossuet.

Courfeyrac respondió:

—Han acabado por llevarse el sombrero á cañonazos.

O bien decían otras cosas más elevadas.

—¿Cómo comprender,—exclamaba amargamente Feuilly,—á esos hombres (y citaba los nombres, de hombres conocidos y hasta célebres, algunos del antiguo ejército) que habían ofrecido unírseles, jurando ayudarnos; que se habían comprometido por su honor; que son nuestros generales, y nos abandonan.

Y Combeferre se limitaba á contestar con grave sonrisa:

—Hay personas que observan las reglas del honor como se observan las estrellas, de lejos.

El interior de la barricada estaba llena de cartuchos rotos, que parecía haber nevado.

Los sitiadores tenían la ventaja en número; los insurrectos la de la posición. De lo alto de una pared hacían fuego á boca de jarro contra los soldados, quienes tropezaban con los muertos y heridos, enredándose en la pendiente.

Aquella barricada, construída como estaba, y admirablemente apoyada, era en verdad una posición en la que un puñado de hombres podía resistir á una legión.

No obstante, la columna de ataque, reforzada continuamente, y engrosando bajo la lluvia de balas, se acercaba inexorablemente; y ya el ejército, poco á poco, paso á paso, pero con seguridad, estrechaba la barricada, como el husillo á la prensa.

Sucedíanse los asaltos. El horror aumentaba.

Entonces estalló entre aquel montón de adoquines, en aquella calle de la Chanvrerie, una lucha digna de las murallas de Troya.

Aquellos hombres extenuados, harapientos, cansados, que no habían comido hacía veinticuatro horas, que tampoco habían dormido, que sólo contaban con algunos tiros más, que se tentaban los bolsillos vacíos de cartuchos, heridos casi todos, vendada la cabeza ó el brazo con lienzos húmedos y ennegrecidos, de cuyos trajes agujereados brotaba sangre, armados apenas de malos fusiles y de sables viejos mellados, se convirtieron en Titanes. Diez veces seguidas fué cercado, asaltado y escalado el reducto, pero nunca tomado.

Para tener idea de aquella lucha, convendría figurarse el fuego aplicado á un montón de espíritus terribles, y contemplar el incendio.

No era aquello un combate, sino el interior de un horno; las bocas respiraban llamas, los rostros tenían algo de extraordinario. La forma humana parecía imposible; los combatientes resplandecían, y era monstruoso ver ir y venir por entre el humo rojizo aquellas salamandras de la lucha.

Renunciamos á pintar las escenas sucesivas y simultáneas de aquella gran-

diosa matanza. Sólo la epopeya tiene derecho á llenar doce mil versos con una batalla.

Podía llamarse el infierno del braçmanismo, el más formidable de los diecisiete abismos á que el Veda da el nombre de Selva de las espadas.

Se luchaba cuerpo á cuerpo, palmo á palmo, á pistoletazos, á sablazos, á puñadas, de lejos, de cerca, de arriba, de abajo; de todas partes, de los tejados de la casa, de las ventanas del figón, de los tragaluces de la cueva adonde se habían retirado algunos. Era la pelea de uno contra sesenta.

La fachada de Corinto, á medio demoler, estaba horrorosa.

La ventana, acribillada de metralla, había perdido vidrios y marcos, y no era más que un agujero informe precipitadamente tapado con adoquines.

Bossuet fué muerto, Feuilly lo fué también, como lo fueron igualmente Joly y Combeferre.

Combeferre, atravesado el pecho por tres bayonetazos en el momento en que estaba levantando un soldado herido, no tuvo más tiempo que el de mirar al cielo, y espirar.

Mario, combatiendo siempre, estaba acribillado de heridas, particularmente en la cabeza, tanto, que el rostro desaparecía bajo la sangre, de manera que hubiera podido decirse que lo llevaba cubierto con un pañuelo rojo.

Enjolrás era el único que se mantenía ileso.

Cuando no tenía arma, extendía la mano á derecha é izquierda y un insurrecto le ponía en ella otra cualquiera. De cuatro espadas no le quedaba ya sino un trozo; una más que Francisco I en Mariñano.

Homero dice: "Diómedes degüella á Axilo, hijo de Teutránide, que habitaba en la feliz Arisba; Eurialo, hijo de Mecisteo, extermina á Dresos y Ofeltios, á Esepo y á Pedaso, el que la nayade Abarbarea concibió del irreprochable Bucolionte; Ulises derriba á Píditos de Percosa; Antiloco á Ablero; Polipetes á Astialo; Polidamas á Otos de Cilene, y Teucro á Aretaonte. Megantios muere "atravesado por la pica de Eurípiles. Agamenón, rey de los héroes, derriba á Eiantos, nacido en la escarpada ciudad que baña el sonoro río Satnois".

En nuestros antiguos poemas de heroicidades, Esplandín ataca con un hacha de fuego al gigante marqués de Swantibore, el cual se defiende apedreando al caballero con las torres que va arrancando.

Nuestros antiguos frescos murales nos muestran los dos duques de Bretaña y de Borbón, armados y pentrechados con sus escudos y arreos de guerra á caballo, embistiéndose uno á otro, empuñando el hacha de armas, enmascarados de hierro, calzados de hierro y enguantados de hierro, el uno caparazonado de armiño y el otro gualdrapado de azul; el de Bretaña con su león entre ambos cuernos de la corona, y el de Borbón cubierto con un casco cuya visera es una monstruosa flor de lis.

Pero, para aparecer soberbio, no se necesita llevar, como Ivón, el morrión ducal, ni empuñar, como Esplandín, una llama viva, ni haber traído de Epiro, como Files, padre de Polidamas, una buena armadura, regalo de Eufeto, rey de los hombres; basta dar la vida por una convicción ó por lealtad.

Ese simple soldado, aldeano ayer de la Beauce ó del Limosin, que ronda, con el machete al lado, en torno de las niñeras del Luxemburgo. Y ese estudian-

te pálido, inclinado sobre un estuche de anatomía ó sobre un libro, rubio adolescente, que se afeita con tijeras; cojed á uno y otro, inspiradles el soplo del deber; ponedlos frente á frente en la encrucijada de Boucherat, ó en el callejón sin salida de Planché-Mibray, haciendo que luche por su bandera el uno, y que pelee el otro por su ideal; y que se imaginen los dos que luchan por la patria; y el choque resultará colosal, tanto, que la sombra que proyectarán en el gran campo épico de las luchas humanas nuestro soldadito y nuestro pisaverde, igualará á la sombra de Megarionte, rey de la Licia, llena de tigres, cerrando cuerpo á cuerpo contra el inmenso Ajax, rival de los dioses.

XXII

Cuando no quedaron ya más jefes vivos que Enjolrás y Mario en los dos extremos de la barricada, el centro, que habían sostenido largo tiempo Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre, cedió. El cañón, sin abrir brecha alguna practicable, había rebajado largamente la parte media del reducto. El borde superior había desaparecido, desmoronándose á fuerza de balazos; y los escombros que caían, ya interior, ya exteriormente, acabaron de formar, amontonándose á ambos lados, dos taludes, uno dentro y otro fuera.

El talud exterior ofrecía á los sitiadores un plano inclinado.

Intentóse un asalto decisivo y esta vez salió bien. La masa erizada de bayonetas, marchando al paso gimnástico, llegó con irresistible empuje; y el espeso frente de batalla de la columna de ataque apareció entre el humo en lo alto de la escarpa. No hubo, esta vez, remedio alguno.

El grupo de insurrectos que defendía el centro retrocedió atropelladamente.

Entonces se despertó en algunos el sombrío amor á la vida. Viéndose blanco de aquella selva de fusiles, muchos de ellos no querían ya morir. Fué aquel uno de estos instantes en que el instinto de la conservación lanza alaridos, y en que el animal reaparece en el hombre.

Estaban acorralados contra la casa de seis pisos que servía de fondo al reducto. Dicha casa podía ser para ellos la salvación. Hallábase atrancada y como tapiada de arriba abajo.

Antes que la tropa de línea estuviese en el interior del reducto, hubiera podido abrirse y cerrarse una puerta; para esto bastaba el espacio de un relámpago; y la puerta de la casa entreabierta de súbito y vuelta á cerrar inmediatamente, era la vida para aquellos desesperados; detrás de la casa había calles; facilidad de fuga, el espacio.

Empezaron á pegar culatazos con los fusiles y á dar con el pie contra la puerta, llamando, gritando, suplicando, juntando las manos.

Nadie abrió. Desde el ventanillo del tercer piso los estaba mirando la cabeza del muerto.

Pero Enjolrás, Mario y siete ú ocho más que les seguían, acudieron á protegerles.

Enjolrás había gritado á los soldados: "¡Deteneos!" y como un oficial no obedeciese la intimación, Enjolrás mató al oficial.

Encontrábase á la sazón en el pequeño espacio interior del reducto, apoyado contra la casa de Corinto, con la espada en una mano y la carabina en la otra, teniendo abierta la puerta del figón, é impidiendo traspasarla á los sitiadores.



Desde allí gritó á los desesperados:

—No hay más que una puerta abierta. Esta.

Y cubriéndolos con su cuerpo, y haciendo él solo cara á un batallón, les dió tiempo para que pasasen por detrás.

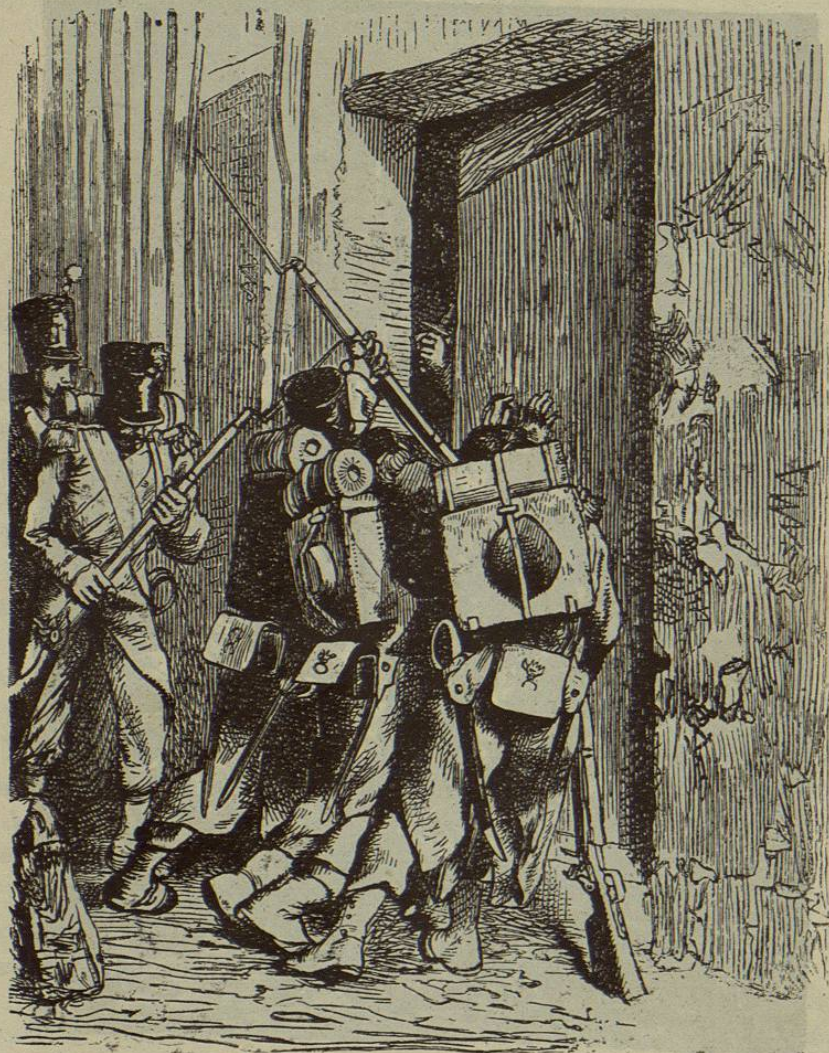
Todos se precipitaron dentro.

Enjolrás, haciendo con su carabina, de la que se servía como si fuera un pa-

lo, lo que los peritos en ello llaman molinete, paraba cuantos bayonetazos se le dirigían, y entró el último.

Hubo un instante horrible, al querer penetrar los soldados y querer los insurrectos cerrar la puerta.

Cerróse ésta por fin con tal violencia, que al encajar en el quicio, dejó ver cortados y pegados al dintel los cinco dedos de un soldado que se había asido á ella.



Mario quedó afuera; un tiro acababa de romperle la clavícula. Sintió desvanecer y cayó.

En aquel momento, ya cerrados los ojos, experimentó la conmoción de una mano vigorosa que le cogía; su desmayo le permitió apenas este pensamiento mezclado con el supremo recuerdo de Cosette:

—Soy prisionero y me fusilarán.

Enjolrás, no viendo á Mario entre los que se refugiaban en el figón, tuvo la misma idea. Pero habían llegado al punto en que no le quedaba á cada cual más tiempo que el de pensar en su propia suerte.

Enjolrás sujetó la barra de la puerta, y dió dos vueltas á la llave, hizo lo propio con el candado, mientras que, por la parte de afuera, atacaban furiosamente los soldados con las culatas de los fusiles y los zapadores con sus hachas.

Empezaba el sitio de la taberna.

Los soldados, fuerza es decirlo, estaban encendidos en cólera.

La muerte del sargento de artillería los había irritado; y lo que era aún más terrible, en las pocas horas anteriores al ataque había circulado entre ellos la noticia de que los insurrectos mutilaban á los prisioneros, y que se veía en el figón el cadáver de un soldado sin cabeza.

Estos rumores terribles acompañaban de ordinario á las guerras civiles; uno de ellos causó más adelante la catástrofe de la calle Transnonain.

Cuando estuvo la puerta atrancada, Enjolrás dijo á los demás:

—Vendámonos caros.

Luego se acercó á la mesa donde estaban tendidos los cuerpos de Mabeuf y Gavroche.

Veíanse bajo el paño negro dos formas estiradas y rígidas, grande la una y pequeña la otra, ambas caras se dibujaban vagamente bajo los fríos pliegues de la mortaja. Una mano saliendo del sudario, colgaba hacia el suelo. Era la del anciano.

Enjolrás se inclinó y besó aquella mano venerable, como había el día antes besado la frente.

Fueron los dos únicos besos que dió en su vida.

Abreviamos: la barricada había luchado como una puerta de Tebas; la taberna luchó como una casa de Zaragoza.

Tales resistencias son feroces.

Nada de cuartel. Nada de capitulación posible. Se quiere morir para poder matar.

Cuando Suchet dice:

—Capitulad...

Responde Palafox:

—Después de la guerra de cañón, la de cuchillo.

Nada faltó á la toma por asalto de la taberna de Hucheloup; ni los adoquines lloviendo desde la ventana y el tejado sobre los sitiadores, exasperando á los soldados; con aplastamientos horribles, ni los disparos desde la cueva y la buhardilla, ni el furor del ataque, ni la rabia de la defensa, ni en fin, cuando cedió la puerta, la frenética demencia del exterminio.

Los sitiadores, al resbalar dentro del bodegón, con los piés entredados en las tablas de la puerta hecha astillas, no hallaron un solo combatiente.

La escalera de caracol, cortada á hachazos, yacía en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de espirar; los que vivían aún estaban en el piso principal; y allí, por el agujero del techo que había servido de encaje á la escalera comenzó un espantoso fuego.

Eran los últimos cartuchos.

Una vez quemados, sin pólvora ya, ni balas, aquellos formidables agonizantes, tomaron cada cual en la mano dos de las botellas reservadas por Enjolrás, de que antes hemos hablado, é hicieron frente al escalamiento con aquellas mazas horriblemente frágiles. Eran botellas de agua fuerte.

Narramos estos hechos lúgubres del encarnizamiento tal cual son. El sitio; ¡ay! se sirve de todo.

El fuego griego no ha deshonrado á Arquímedes, ni la pez derretida á Bayardo. La guerra es todo espanto, y no hay en ella nada que elegir.

La fusilería de los sitiadores, á pesar de la dificultad de tener que dirigirse de abajo arriba, era mortífera.

El borde del agujero del techo se vió luego rodeado de cabezas de muertos, de las que corría sangre en hilos rojos y humeantes.

El estrépito era indecible; un humo concentrado y ardiente derramaba casi la noche sobre aquel combate.

Carecemos de palabras para expresar el horror cuando se llega á semejante extremo.

No había hombres en aquella lucha, entonces infernal.

No eran ya gigantes contra colosos. Parecíase todo aquello más á las descripciones de Miltón y Alhigieri que á Homero.

Los demonios atacan, y resistían los espectros.

Era la monstruosidad del heroísmo.

XXIII

Orestes en ayunas y Pilades borracho.

En fin, subiéndose unos sobre otros, ayudándose con el amazón de la escalera, trepando por las paredes, asiéndose del techo, acuchillando en el borde mismo de la trampa á los últimos que se resistían, unos veinte de los sitiadores, entre soldados, guardias nacionales y guardias municipales, desfigurados la mayor parte por heridas recibidas en el rostro al verificar aquella terrible ascensión, cegados por la sangre, furiosos y salvajes, precipitáronse en la sala del piso principal.

No quedaba allí más que un solo hombre de pie, Enjolrás.

Sin cartuchos, sin espada; no tenía en la mano más que el cañón de su carabina, cuya culata había roto contra la cabeza de los que entraban.

Se había situado de manera que el billar le separaba de sus enemigos, retrocediendo hasta el ángulo de la sala; y allí con la mirada altiva, enguida la cabeza y ostentando aquel pedazo de arma en la mano, inspiraba aún el temor suficiente á que nadie se le acercase.

Oyóse un grito:

—Es el jefe. El es quien mató al artillero. Ya que se ha colocado aquí, está perfectamente. Que se quede. Fusilémosle aquí mismo.

—Fusiladme,—dijo Enjolrás.

Y arrojando el trozo de carabina, y cruzando los brazos, presentó el pecho. La audacia del que debe morir, conmueve siempre á los hombres.

En cuanto cruzó los brazos Enjolrás desafiando á la muerte, cesó en la sala el ruido atronador convirtiéndose de repente aquel caos en una especie de solemnidad sepulcral.

Parecía que la amenazadora majestad de Enjolrás, desarmado é inmóvil, pesaba sobre el tumulto, y que, con la sola autoridad de su tranquila mirada, aquel joven, el único que no había sido herido, soberbio, ensangrentado, bello é indiferente como si fuera invulnerable, obligase á aquella siniestra turba á matarle respetuosamente.

Su belleza, realizada en aquel momento por la altivez, aparecía radiante; y como si no pudiera alcanzarle el cansancio, como no le habían alcanzado las balas durante aquellas horribles veinticuatro horas que acababan de transcurrir, aparecía fresco y sonrosado.

Quién sabe si se referiría á Enjolrás el testigo que dijo después ante el consejo de guerra:

—Había un insurrecto á quien oí llamar Apolo.

Uno de los guardias nacionales que le apuntaba, bajo el cañón del fusil, diciendo:

—Páreceme que voy á fusilar una flor.

Doce hombres se formaron en pelotón en el ángulo opuesto á Enjolrás, montando sus fusiles en silencio.

Después gritó un sargento:

—¡Apunten!

Intervino un oficial.

—Esperad,—dijo.

Y dirigiéndose á Enjolrás:

—¿Queréis que os venden los ojos?

—No.

—¿Sois vos, en efecto, quien mató al sargento de artillería?

—Sí.

Hacia poco que se había despertado Grantaire.

Grantaire, como recordará el lector, dormía desde la víspera en la sala alta del figón, sentado en una silla y recostada la parte superior del cuerpo sobre una mesa.

Realizaba, en toda su energía, la antigua metáfora: borracho muerto.

El horrible filtro alcohólico de ajeno le había aletargado. La mesa que tenía delante era pequeña, y no sirviendo pues para la barricada, se la dejaron.

Seguía en la misma postura, doblado el cuerpo y apoyada la cabeza en el brazo, cercado de vasos, copas y botellas.

Dormía con el sueño profundo del oso atontado, ó de la sanguijuela harta.

Ni el fuego de los fusiles, ni el del cañón, ni la metralla que penetraba por la ventana en la sala donde estaba, ni la prodigiosa barahunda del asalto le despertaron. Sólo, de vez en cuando, respondía al cañón con un ronquido.

Parecía estar esperando á que una bala le ahorrara el trabajo de abrir los ojos nuevamente.